

ros de la raza, señalando al genio misional español tierras nuevas para incorporar a la civilización cristiana.

Y resumiendo, en fin, todas las anteriores consideraciones, podemos señalar en la obra arquitectónica cuya visita imaginaria estamos efectuando, un sentido de continuidad histórica que ata el pasado con todas las lisonjeras realidades del presente y eleva la mirada para escrutar entre las nieblas del porvenir. Las tres facetas del tiempo en cuya síntesis está encerrado el enigma de la eternidad.

Ahora, pensando que a eso se le ha llamado decadencia, no estará mal una sonrisa leve. Nuestros abuelos dictaminaban con aire doctoral en materias muy susceptibles de enfoque diverso. Don Rodrigo Amador de los Ríos, cuyo libro no debe faltar al alcance de todo murciano apasionado, se embriega de belleza en la Capilla de los Vélez; pero como sabe tanto de Historia del Arte, recobra la compostura y pone sus repatos a todo lo que considera extravió y aberración, porque las cosas han de ser como deben ser, según los cánones que trazan los fabricantes de arquetipos. Y de ningún modo han de ser como son, es decir, como brotan de la frente del genio que los concibe. Si tuviéramos tiempo, ¡cuántos defectos seríamos capaces de descubrir en los pétalos de una rosa!

### *EL SEGUNDO EJEMPLO ES EL DE LA TORRE*

Cuando vinieron los Ferrandos a Murcia, tal vez al finalizar la segunda década del quinientos, traían la embriaguez del esplendor renacentista italiano en los ojos, en las yemas de los dedos, en los labios y en cada gota de su sangre juvenil. Alguno de ellos pintó para nuestra Catedral, como ambos pintarían para la de Valencia. Los letrados, los próceres, los eclesiásticos, los artesanos, el pueblo todo, miraría atónito aquellas formas nue-

